

El cáncer balcánico

JAVIER PARDO DE SANTAYANA Y COLOMA*

Cuando se produjo el colapso del Pacto de Varsovia, Europa, o mejor, lo que entonces se tenía por tal, parecía bastante satisfecha de si misma, de haber llegado a crear un espacio modélico de paz y de convivencia, de cabalgar sobre un proyecto en constante proceso de perfeccionamiento hacia la unión política. En su seno se había roto, quizá ya definitivamente, la idea de que su historia tenía que ser necesariamente una sucesión de conflictos internos que había culminado ya por dos veces, durante el presente siglo, en guerras de ámbito mundial. La brusquedad con que se produjo la caída del imperio soviético la sacó de su ensimismamiento. De entrada había que definir los límites políticos del proyecto, abierto ahora a una más que probable ampliación. Un aluvión de retos y de incógnitas se amontonaba sobre ella.

Pronto empezó a aclararse el panorama. La Unión Europea incluiría a todas las naciones de la Europa geográfica, excluida Rusia, con la que se establecería una relación de estrecha y amigable cooperación. Todos los países del antiguo Pacto de Varsovia mostraron su interés por participar en el proceso de unión política. El problema principal consistiría en integrarlos de tal forma que durante el periodo de transición el conjunto no resultase peligrosamente desequilibrado, y en asegurar la eficacia de los mecanismos institucionales pese al considerable aumento del número de miembros. Hay que reconocer que con ello, la construcción europea, aunque incorporó nuevos problemas, recibió también un nuevo y poderoso

* Catedrático de Psicología. Universidad Complutense.

impulso. Pero, con la nueva sustancia, al proyecto europeo le fue inoculado un peligroso foco de conflictos: el cáncer balcánico.

La opinión pública tiene el convencimiento de que la situación de los Balcanes es algo casi imposible de entender; tal es su aparente complejidad. Sin embargo, el problema balcánico es un problema típicamente europeo. Es el producto de la diversidad cultural generada por las invasiones, de la ambición de los grandes proyectos históricos nacionales, del hacer y deshacer de las fronteras, de las dolorosas secuelas de las guerras. Mas este tipo de problemas no es exclusivo de aquella región del sur de Europa. Rumanía es un país latino rodeado por el mundo eslavo; en varios países próximos a Hungría existen minorías magiares; las fronteras de Polonia han cambiado un número casi incontable de veces; pocos países habrán protagonizado un enfrentamiento más vivo y más prolongado que Francia y Alemania; todavía España y Gran Bretaña mantienen un contencioso como consecuencia de la anacrónica e injusta presencia de una colonia inglesa en suelo hispano. Y éstos no son sino un pequeño puñado de ejemplos. Pero todos los países que acabo de mencionar parecen haber optado por el pensamiento nuevo, han asumido el paradigma de la compatibilidad, han preferido la senda de la cooperación en vez de la confrontación.

En la ex-Yugoslavia, al cúmulo de factores históricos y a los problemas de la diversidad cultural se ha sumado un factor de voluntariedad: la siembra del odio. Todos sabemos lo fácilmente que prende esta semilla cuando se invocan los dogmas del nacionalismo excluyente. Esta siembra tiende a generar odio en ambas partes, en quienes lo promueven y en quienes lo sufren, y suele tener un rostro concreto. En el caso de la ex-Yugoslavia, parece, efectivamente, tenerlo. Y el conflicto balcánico tiene también el apoyo de una teoría: la de que, en el futuro, los desarreglos vendrán no tanto del enfrentamiento ideológico como del choque cultural. Esto es lo que en realidad ocurre en aquella región, pues en ella no puede hablarse propiamente de un odio entre etnias, ya que todos son igualmente eslavos y la influencia del imperio otomano a todos afectó; la discrepancia se produce más bien entre las diferentes culturas, asociadas generalmente a la diversidad religiosa.

Para nuestro continente el conflicto balcánico es una lacra y un lastre. Y un cáncer. Una lacra, porque supone un enorme desprestigio y, al reunir todos los vicios de un mundo que se querría ver ya archivado, debilita enormemente el carácter ejemplarizante del proyecto europeo. El conflicto balcánico es también un lastre, sobre todo para el desarrollo de la construcción europea, que sufre el desvío de atención y de recursos que demanda la gravedad del problema. Pero es, sobre todo, un cáncer ante el cual Europa ha de permanecer constantemente activa y vigilante, realizando una labor preventiva y estando pendiente de las metástasis que puedan aparecer en cualquier momento. La estrategia da prioridad al aislamiento de los focos; luego habrá que ver cuál debe ser el remedio.

También este conflicto imprime un sentido de urgencia a algunos aspectos de la construcción europea. El ritmo del proceso de unión política, cuya lentitud puede justificarse por la necesaria prudencia, resulta insuficiente ante la presión de los hechos acontecidos en los Balcanes, al exigir éstos una actuación más oportuna y eficaz de las instituciones de seguridad.

Para los organismos internacionales, y entre ellos se incluyen también, lógicamente, los europeos, el cáncer balcánico constituye un auténtico banco de pruebas. Así por ejemplo, las Naciones Unidas han aprendido allí a conjugar el diálogo y la fuerza para imponer una situación de mayor paz y justicia. No fue así desde el principio, pues aquel alto organismo internacional se mostró habitualmente reacio a

emplear la presión de la fuerza. Hubo de pasar bastante tiempo para que las Naciones Unidas se diesen cuenta de que frente a algunos dirigentes autoritarios y fanáticos no bastaba con esgrimir su autoridad moral. Al contundente argumento de los acuerdos de Dayton, forzados por una amenaza militar creíble, se sumó el reconocimiento explícito que hizo el Secretario General Sr. Annan de la decisiva influencia que tuvo la exhibición de fuerza en el éxito que alcanzó ante Sadam Hussein en la primera crisis del año.

En el conflicto balcánico estamos viendo también el juego combinado de las instituciones. Tras la caída del imperio soviético se tomó la prudente decisión de no borrar la pizarra para diseñar un nuevo sistema de seguridad, sino dejar hacer a aquéllas e interconectarlas luego de la forma más conveniente. Ahora mismo vemos cómo las distintas instancias (Naciones Unidas, Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa, Unión Europea, Unión Europea Occidental y Alianza Atlántica) van encontrando su papel, sus propios límites, y formas de mutua y eficaz relación.

También se están experimentando en los Balcanes nuevas fórmulas de cooperación internacional. Un buen ejemplo de ello es la presencia de un general ruso de tres estrellas en el mando europeo de la Alianza. La incorporación de contingentes militares no pertenecientes a la OTAN e incluso de contingentes no europeos ha estimulado la creación de nuevos conceptos y formas de encuadramiento. Uno de los aspectos más expresivos del carácter de banco de pruebas que tiene el conflicto balcánico para las instituciones internacionales es el de la necesidad que ha originado de definir los límites de la injerencia en los asuntos internos de otros países ante fenómenos de genocidio o atropello manifiesto de los derechos humanos, o por razones de carácter humanitario.

Para España, los problemas surgidos en la región balcánica han permitido mostrar la voluntad de nuestra nación por recuperar el puesto que le corresponde en el esquema de la seguridad y la defensa de Europa. Desde una fase aún muy inicial del conflicto, Madrid adoptó una actitud sumamente activa y solidaria con sus aliados, expresada fundamentalmente por el envío de fuerzas militares. Esa actitud fue esencial en su día para conseguir que hubiese representación española en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, y sin ella no sería imaginable que un español llegase a ser Secretario General de la OTAN cuando España no estaba aún integrada en la estructura militar de la Alianza.

Uno de los efectos más positivos de la participación española en los esfuerzos de pacificación de la ex-Yugoslavia ha sido el cambio copernicano que se observa en la actitud de los partidos políticos, y consiguientemente en la opinión pública, hacia la seguridad y la defensa. Largo camino se ha recorrido en poco tiempo desde el “no” socialista a la OTAN hasta la designación del Sr. Solana como Secretario General de la misma, y una buena distancia media entre los excesos demagógicos exhibidos durante la guerra del Golfo por grupos tradicionalmente opuestos a cualquier intervención militar, y la impaciencia que esos mismos grupos sienten ahora ante cualquier duda o retraso en una intervención militar en el Kosovo. He aquí cómo la sociedad española ha descendido en poco tiempo de las nubes de la utopía pacifista a las realidades que exige un verdadero esfuerzo por la paz.

La participación en los esfuerzos de pacificación en los Balcanes no es sino una de las facetas de la valiosa cooperación militar en la acción exterior española. En conjunto, esta participación, como la presencia en otras regiones conflictivas de América y África, ha servido para que se reconozca la calidad de nuestras Fuerzas Armadas. La habilidad de nuestros soldados para desenvolverse en situaciones extremadamente complejas e incluso caóticas, su acierto para combinar la más exquisita neutralidad con el generoso acercamiento a la población que sufre, su calidad humana y su capacidad para el diálogo y la

negociación, han hecho trizas el habitual cliché de rigidez y elementalidad, que ha demostrado proceder simplemente de la ignorancia. Para los españoles es hoy motivo de orgullo el prestigio adquirido por nuestros militares en el extranjero y singularmente en la región de los Balcanes.

La antigua Yugoslavia constituye una verdadera escuela para nuestras Fuerzas Armadas. Por una parte, sus mandos están adquiriendo flexibilidad, agilidad en el desarrollo de su profesión y una extraordinaria experiencia internacional. Nuestras unidades se ejercitan en las “nuevas misiones” dentro de un ambiente de gran exigencia en el que se integran muchas facetas operativas y logísticas. La actuación dentro de formaciones multinacionales, que será la tónica en el futuro, se está ya practicando en un contexto real de conflicto. Y lo que es particularmente interesante: la reorganización y modernización de nuestras fuerzas militares se está desarrollando sobre bases realistas, de conocimiento directo de nuestras posibilidades y de nuestras necesidades, y de lo que significan y exigen nuestros compromisos.

Las últimas elecciones en Bosnia y el conflicto de Kosovo revelan la profundidad del problema balcánico. Las decisiones hasta ahora adoptadas tienen un cierto carácter de artificio, pero deberán ser aplicadas con tesón y firmeza. Todo indica que los Balcanes serán un paisaje habitual para nuestros soldados. Europa tendrá que desarrollar su admirable impulso hacia la unión política arrastrando la laca y el lastre de los conflictos balcánicos. Este cáncer seguirá asomando aquí y allá; todos los esfuerzos serán pocos para aislarlo, reducirlo y darle una solución. Habrá que mejorar los mecanismos de cooperación internacional y, sobre todo, los de prevención de crisis. Será preciso solucionar el problema del mandato de las Naciones Unidas, siempre deseable, pero cuya exigencia no debe conducir a la ineficacia y la inoportunidad. Es de suponer que los Estados Unidos mantendrán su interés por Europa, como señalara el presidente Clinton en su visita a Berlín de 1998, y Rusia seguirá jugando su papel de amiga de Belgrado, pero sin llegar a entorpecer del todo la actuación de la OTAN. Europa deberá acelerar el proceso de unión política desarrollando las directrices de Maastricht para dotarse de una política exterior y de seguridad común que la permita reaccionar con mayor oportunidad y eficacia ante los conflictos que se generen en su territorio.

Y es de esperar que, con el tiempo, tanto esfuerzo consciente y generoso acaba por crear en los Balcanes un nivel suficiente de convivencia que, unido a la presión exterior, al atractivo de los proyectos europeos y a la desaparición o neutralización de los instigadores del odio, acabe por curar, aunque se produzcan profundas cicatrices, este peligroso tumor que amenaza el bajo vientre de Europa.